

Péter Zilahy: La última jirafa de la ventana (detalles)

La jirafa de la ventana era un libro ilustrado con el que aprendíamos a leer cuando aún no sabíamos leer. Yo ya sabía, pero así y todo tuve que aprender pues de qué servía, si no, la escuela. La jirafa de la ventana ofrecía, de manera comprensible para todos, el mundo en orden alfabético. Cada cosa tenía su lugar y su sentido simbólico y cotidiano, y así nos enterábamos de que el sol salía por el este, que nuestro corazón estaba en el lado izquierdo, que la revolución de octubre se produjo en noviembre y que la luz entra por la ventana aunque esté cerrada. La jirafa de la ventana estaba llena de dragones de siete cabezas, hadas, diablos y príncipes y afirmaba que todos esos seres no existían. Recuerdo cuatro tipos de dragones inexistentes y tres príncipes. Deletreando enseñaba la jirafa de la ventana a leer entre líneas. Era algo tan natural como el osito de la tele antes de dormir; a nadie se le ocurría cuestionarla. La jirafa de la ventana era la jirafa de la ventana. La jirafa de la ventana era mi infancia, el vestuario, la clase de gimnasia, el crecimiento continuo, una edad anterior a una edad más bella, la dictablanda, mis deberes, mi inocencia, mi generación. La jirafa de la ventana era un libro, uno de cuyos protagonistas era yo. Al cabo de veinte años, alguien me lo preguntó, y sólo entonces me di cuenta de que se trataba de un abecedario, que empezaba con un árbol y terminaba con un zorro. Eran la primera y la última palabra, el alfa y el omega. La jirafa y la ventana también aparecían en las letras correspondientes. Sí, por la ventana entraba la luz, y la jirafa era el infinito, el surrealismo: jirafas llameantes, ¡nunca moriremos! Una enciclopedia que contenía cuanto ha quedado fuera.

Yo era virgen, pero no me importaba. No tenía ni la menor idea de lo que significaba. El mundo era blanco y negro y podía verse por televisión. Aún tengo delante la prórroga de la final del mundial de fútbol entre Argentina y Holanda, a los Baader-Meinhof y la unión de las naves espaciales Soyuz y Apolo, la muerte de Elvis, el rey (no entendía por qué, pero lo cierto es que mi padre estaba hecho polvo), la explosión de gas en Zsana, la nube del volcán Santa Helena, el viaje húngaro al espacio y el campeonato mundial de cubo de Rubik que se celebró en Budapest. El deporte era emocionante en blanco y negro, y en los combates de boxeo había que mirar cuántas rayas tenían las medias de cada uno de los contrincantes. También recuerdo mi primera cita, las rayas en las piernas de la chica, pero ya no estoy tan seguro del color de los ojos, que sigo viendo en blanco y negro. Después del primer beso, mis padres compraron un televisor de color y así descubrí que los holandeses eran de color naranja; los italianos, azules; que había diablos rojos y verdes. Sólo los alemanes continuaban de blanco y negro como si estuvieran castigados: hasta su país estaba dividido. A decir verdad, no los envidiaba.

En 1956, al cumplirse el quinto centenario de la victoria de Belgrado, destrozaron Budapest a tiros. El ejército soviético resucitó la tradición de 1944 añadiendo nuevos escenarios. La ciudad se llenó de agujeros: agujeros en los muros, agujeros entre los edificios, agujeros nuevos que se mezclaban con

los antiguos, y uno de los temas de conversación permanentes era el debate de si la casa tal se volvió así por el asedio o por la revolución, por el 44 o por el 56: no, pudo ser del 44 porque es de nueva construcción, qué va, es estilo *bauhaus*, ¿no ves la forma curvada del balcón? Cayó luego la nieve y tapó los agujeros y volvió a caer la nieve, que se mezcló con la anterior, ya nadie sabía decir qué nieve había tapado el agujero, y la gente sólo esperaba a que se derritiera, pues la nieve eterna se había apoderado del país. Cuarenta mil agujeros grandes y varios millones de pequeños. Budapest, la ciudad de los agujeros. En esta ciudad agujereada nací yo: impactos de bala en los muros del hospital, tumbas agujereadas en los cementerios. Ante mis narices se deslizó una culebra de dos metros y se introdujo en la tumba del barón Manó Kruchina de Schwanberg (y su esposa Marianne). El barón murió en 1956; su mujer, en 1944. ¿La lucha de clases o un marmolista borracho? Desapareció luego la lápida y un agujero ocupó su lugar. A continuación, el agujero fue ocupado por una nueva tumba. La circulación de los agujeros podía seguirse con precisión. La casa que habitábamos se edificó sobre el agujero que había dejado la casa de mi abuelo; de niño, mi padre jugaba en los cráteres que las bombas habían abierto en su jardín. Sobre los agujeros grandes se construyeron edificios y los pequeños se usaron como basurales. Los televisores desechados y los cañones de electrones se amontaban en un extremo del jardín: un vertedero informativo en la colina de la Libertad. En uno de los agujeros encontramos una bomba con alas, que también estaba agujereada. Alguien le había quitado la espoleta. Nos subimos a la pared, metimos los dedos en los agujeros, y con los ojos cerrados imaginamos el proyectil. La historia contemporánea de Budapest escrita en braille. Budapest no puede verse a simple vista, sino sólo intuirse, sólo vislumbrarse a través de sus agujeros. Leer entre líneas, jeroglíficos en los muros de los edificios, variaciones épicas y líricas, grafiti bélicos, someros mensajes eróticos, archivos vueltos hacia fuera.

Me bañaba mientras emitían las noticias. Mi madre entraba de vez en cuando en el baño para ver si aún seguía allí. Mi padre miraba la televisión en la sala. Debían conocer los detalles para protegerme de las mentiras. En el baño sólo podían oírse los suspiros de mi madre: vaya jaleo que está armando este niño con el agua del baño, nos va a inundar la casa. Me sumergía. Bajo el agua, una voz se dirigía a mí y me explicaba lo ocurrido ese día en el mundo: una avalancha enterró a ciento cincuenta personas en Bangladesh, una revolución estalló en algún lugar de Africa Occidental, un jardín de infancia y una piscina olímpica fueron inaugurados, y el MTK se impuso por dos a uno al Ferencváros. No sabía quién me comunicaba las noticias ni por qué, pero resultaba evidente que tenía planes conmigo pues incluso me susurraba el tiempo que haría. Al día siguiente ya sabía distinguir diversas voces en la bañera, lo cual venía a significar que tenía que vérmelas con un organismo. El modo de comunicación me pareció lógico: yo no les comunicaba nada, puesto que no se podía hablar bajo el agua, y ellos sólo podían contactar conmigo durante el baño, sin el conocimiento de mis padres y educadores. Me costó comprender por qué era tan importante para el organismo proporcionarme información detallada sobre las últimas maniobras militares en Polonia o sobre los municipios de la ribera occidental del Danubio que habían alcanzado el rango de ciudades, pero sabía que me bastaba prestar atención para que dieran señales de vida. Mi existencia cobraba un sentido

más profundo bajo el agua. Cuando mi madre, sin intuir nada, metió mi cabeza bajo el agua mientras me lavaba el pelo, una agradable voz femenina me susurró que el granizo había estropeado las cosechas. Comprendí lo que esperaban de mí y, francamente, me venía de perillas: querían que montara el caos. Antes también solía lidiar con submarinos y cazabombarderos en la oscuridad, cuando ya me había acostado, y ocurría que acababa en el suelo y la victoria definitiva sólo me correspondía gracias a mi indoblegable resistencia. A partir de ese día empecé a sabotear como una abeja diligente el desarrollo de la democracia popular. Los terremotos, inundaciones y explosiones de gas me señalaban el camino. Elegía mis objetivos militares sobre la base de las informaciones conseguidas en el baño. Cuando entregaban una fábrica o una central eléctrica, allí estaba yo para realizar mi trabajo. La COMECON trajinaba como un albañil manitas tras el telón de acero sin intuir que, trajina que trajinarás, se había quedado encerrado en la casa de ladrillo.

El arduo camino de mi madurez sexual estuvo bordeado por el fallecimiento de los dictadores comunistas. Mi primera experiencia coincidió con la defunción de Mao Tse Tung: una niña llamada Diana me mordió en el jardín de infancia. Empecé a cambiar de voz con la muerte de Tito y eyaculé por vez primera con la de Brezhnev. Se oyó música durante tres días por la radio, lo cual me pareció un pelín exagerado, y hasta hubo lugares donde libraron en la escuela. A continuación no pasó nada durante un tiempo, invité a una chica al cine a modo de experimento, pero la película era demasiado buena y me dio un calambre en la mano. Los acontecimientos se aceleraron en el instituto de enseñanza secundaria, sólo unos pocos meses separaron el primer beso de la primera noche tempestuosa. Después de Andropov, Chernenko también estiró la pata. Al cabo de unas semanas los siguió Enver, pero eso no lo contaré. Cuando ejecutaron a Ceausescu conocí el punto G. Kim Il Sung agrupó mis conocimientos conforme a nuevos puntos de vista; por fortuna, el tribunal dejó caer la acusación. Fidel...

Según mi profesor, sólo comprendería la cultura eslava cuando leyera *Guerra y paz* en lengua original. Él lo consiguió en un viaje de ida y vuelta en el transiberiano. Siendo así, yo prefería *Crimen y castigo*, pues para eso me bastaría un viaje a Moscú. Quizá fuera suficiente para llegar hasta la última página. Y regresaría con Aeroflot, que también es una palabra bonita. Como un agua de colonia licuada a partir de un gas tóxico usado en la guerra. La lengua era parte del camuflaje: había que fingir que uno sabía ruso. Durante tres cuartos de hora miraba en ruso, asentía en ruso, suspiraba en ruso y ponía *Guerra y paz* en el borde de mi pupitre.

Ni siquiera se me ocurrió pensar que saber lenguas sirviera para algo. Saber era la condición necesaria para crecer, algo que valía por sí solo; si querías crecer, habías de hacer los deberes. Aprendíamos ruso porque era una lengua maravillosa: no quiere eso decir que el húngaro no sea una maravilla. Por aquel entonces sólo hablaban en ruso las profesoras de ruso, mujeres cincuentonas con el pelo teñido. Era una minoría étnica militante con sus propios ritos tribales. Su idea fija era pasar lista, el requisito fundamental para sobrevivir, informar del número de presentes antes de cada alistamiento. Los únicos soldados rusos que vi aparecían en películas de guerra, pero hablaban en

húngaro. Sólo vi soldados rusos de verdad cuando se marcharon del país. Concluyó la guerra fría y concluyó también la paz; ya no valía la pena morir por ella. Los rusos vendían sus equipos por su valor teórico. Mi amigo quería comprar un paracaídas; yo hacía de intérprete.

Parashut yesty?, pregunté, ¿tienen paracaídas? Pero me entró la risa, pues se me olvidó pronunciar la «ty»... Por el amor de Dios, el verbo «ser» ruso coincide con el yes de los norteamericanos; o sea, que no había aprendido en vano. *Yankee go home* y *Pashli damói* vienen a ser lo mismo; la ocupación es una línea en el mapa, un acento, un adjetivo. Ni los tanques, ni las ocho clases, ni el osito Misha. Una firma en mi libreta de control. El comandante respondió en húngaro: son dos vodkas, dijo, y señaló dos porque éramos dos. Preguntó por los estudios. Lo tomé por un exceso de familiaridad y, reacio, murmuré algunas palabras que había visto en el Don Apacible. Contó que también tenía una hijo, Serguei, y sabía, señaló, que nosotros tampoco lo teníamos fácil. ¿Qué nos parecía una Kalashnikov?, preguntó. ¡Tengo aquí esta pistola! No soy dulcero pero así debía de sentirse un goloso en la pastelería. También estaba dispuesto a darnos cargadores de regalo. Brindemos por los buenos viejos tiempos. Los buenos viejos tiempos, cuando yo aún no vivía y nuestros padres se mataban alegremente. Por eso había de brindar con el soldado enemigo que me hablaba en mi lengua. *Ege segedre*, dice el comandante, olvidándose del *nazdaróvie*. *Ege sededre*, dice, que es como: ¡A tomar por culo!... La lengua es genial. Serguéi también se llama Serguéi, como su hijo. Para nosotros, Seriosha. Me pone la botella en la mano y cita a Petöfi sin equivocarse. Hungría es poesía, afirma. Le cuento que un grupo de científicos húngaros identificó a Sándor Petöfi en el esqueleto de una mujer de Barguzin. No le extraña, dice. Rusia es enorme. El hombre no es en absoluto impertinente sino más bien servicial. No se alegra de volver a casa, se ha acostumbrado aquí, quiere a los húngaros, sobre todo a las mujeres. Me guiña el ojo, como quien sabe de qué va la cosa. Le devuelvo el guiño, en una reacción pavloviana, sabedor de que a las mujeres hay que guiñarles el ojo. Ya no queremos molestarle, pero él insiste, siempre en húngaro. ¡Será mejor ir con cuidado! ¿Es posible que ni siquiera hable en ruso? ¿Que sea un agente doble obigrío? Salimos retrocediendo y saludamos haciendo señas con la mano. Estamos ya en la puerta cuando nos llama y nos pregunta si queremos llevarnos unas granadas de mano.

traducción Adán Kovacsics